



**PREGÓN
SEMANA SANTA
GUADALCANAL
AÑO 1983
LORENZO BLANCO
CABRIA**

**PRESENTACIÓN DEL PREGONERO
LORENZO BLANCO CABRIA,
SEMANA SANTA DE GUADALCANAL AÑO 1.983**

POR FRANCISCO ORTIZ RODRÍGUEZ

Como rosa roja florida en el jardín, así nace cada año al llegar la primavera, en este Domingo de Pasión, nuestro Pregón de la, Semana Santa, porque hablar de Semana Santa es hablar de Guadalcanal.

Rvdo. Sr. Cura Párroco

Excmo. Sr. Alcalde y demás Autoridades presentes.

Hermanos Mayores, y Juntas de Gobierno de Hermandades y Cofradías de Guadalcanal.

Cofrades de Guadalcanal.

Señoras y señores

Queridos amigos todos.

Si hace justamente un año, en aquella mañana inolvidable para mí, del Domingo de Pasión, me encontraba delante de vosotros, para deciros emocionado mi Pregón de Semana Santa, hoy de nuevo vuelvo, para presentaros a nuestro pregonero, a alguien que es una auténtica, institución en Guadalcanal, a una persona entrañable, a la que quiero y admiro, que no necesita ser presentado, pues nada más que con pronunciar su nombre, sabemos muy bien quien es, como es y lo que es en Guadalcanal: **Lorenzo Blanco Cabria**.

Hay lugares en este mundo donde los forasteros son siempre seres extraños, ajenos a los sentimientos de las personas, es más, ajenas a sus propios hijos.

Pero no que decir tiene, queridos hermanos, que Guadalcanal es todo lo contrario, es una comunidad fiel a su leyenda y tradición, y todo el que llega a él, para compartir el pan y el aire de su tierra, ha de saber que debe llegar con su corazón abierto, para que las emociones y hermosuras le colmen la vida. Quien así obre, Guadalcanal es generoso y lo convierte en un hijo más suyo.

Y así, con estas intenciones, hace ahora treinta y un años llegó este hombre, con su bien a cuesta a Guadalcanal, llegó de tierra muy lejana, pero hermana nuestra, y ocurrió lo que tenía que ocurrir, que Guadalcanal lo

recibió y lo hizo hijo suyo, y por aquellas circunstancias de la vida, de alegría en este caso, cayó en una casa muy vinculada al mundo cofradiero, en casa de un hombre que amó con todo su corazón a todas nuestras cosas, y, en especial a su Cristo de las Aguas, era José Arcos, Pepe Pinto, como cariñosamente lo llamábamos todos.

Se casó con su hija Carmen, y para mayor gozo de él, ve desde el cielo como sus nietos se convierten en auténticos cirineos, debajo de las trabajaderas de su Cristo.

Y he aquí, que al recibir tanto, se volcó nuestro amigo Lorenzo hacia Guadalcanal, como queriendo devolver tantos dones como había recibido; y es su vida un ejemplo para todos.

Ha sido presidente de Acción Católica, presidente de la Junta Parroquial, y director de algo que todos los guadalcanalenses recordamos con gran nostalgia y cariño. Precisamente hoy que vivimos un mundo de adelantos, en el que la televisión ocupa nuestro mayor tiempo, y que está sirviendo no para unir, sino precisamente para todo lo contrario, para desunir a la familia y a las gentes. En cambio, hace unos años contábamos en Guadalcanal con un medio que a todos nos causaba una inmensa alegría, pues, quien no recuerda cuando al llegar las ocho de la noche, corríamos todos hacia nuestra casa, hacia nuestro aparato de radio y al encenderlo oíamos aquella voz fuerte, clara, concisa, que nos decía: “sintonizan ustedes la emisora parroquial Nuestra Señora de Guaditoca de Guadalcanal”. Esa misma voz es la que con gran gozo, de nuevo vamos a volver a oír.

Este hombre que capitaneaba a aquél formidable equipo, que tanta alegría nos dio, con aquellos programas tan inolvidables y que hoy al cabo de los años, lo tenemos aún presentes en nuestra mente, y no podemos olvidar todas aquellas campañas de Navidad, que sirvieron para que en muchas casas de Guadalcanal tuvieran esa paz, esa alegría y ese don, que en esas fiestas sentimos todos los guadalcanalenses, en nuestros hogares.

Son, por lo tanto, títulos y méritos que nuestro Pregonero posee, que, si recibió dones, ha sabido devolverlos con crece.

Y hoy cuando vamos a oír su pregón, que tantas horas de sacrificio y de esfuerzo le ha costado, pero con tanto amor y cariño lo ha realizado. Vamos a contemplar como nuestro Pregonero canta, llora, pero a la vez sintiendo una inmensa alegría en los más profundo de su corazón, de poder pregonar a los cuatro vientos, la belleza y dulzura de esos ojos de María; de cómo es el rostro ensangrentado de su Hijo, que ha llegado así por culpa del pecado del hombre, pero siempre puesto en la esperanza de conseguir un mundo un poco mejor.

Por todo amigo Lorenzo, aquí tienes delante de ti a todos los hijos de Guadalcanal, dispuesto a coger la Cruz y acompañarte en tu Estación de Penitencia al Calvario.

Y yo pido a ese Cristo que deslumbró al mundo y a mi Virgen bendita de la Soledad, que cada año al llegar los albores de la primavera, nuestro pregón se renueve, como un canto de súplica, plasmado en el corazón del guadalcanalense, y que sale de sus labios recorriendo el azul del cielo de Guadalcanal, como una auténtica plegaria, por yo sé muy bien, que cada hijo de Guadalcanal tiene su propio Pregón de Semana Santa, porque la tierra de Guadalcanal es tierra de Calvario.

Queridos hermanos, con vosotros, como Pregonero de la Semana Santa de 1983, un hombre bueno: LORENZO BLANCO CABRIA.

Francisco Ortiz Rodríguez - Domingo de Pasión -
20 de marzo de 1983



**PREGÓN DE SEMANA SANTA DE GUADALCANAL
AÑO 1983
LORENZO BLANCO CABRIA**

Señor Cura Párroco; dignísimas autoridades, Hermandades de Penitencia; amigos costaleros; señoras y señores. Paz y bien para todos.

Si para quien no posee oratoria, el mero hecho de tener que hacerla ya implica dificultad, esta dificultad, como es lógico se agrava, cuando hay que efectuarla en un escenario, en y cara al público. Por todo esto, en el pregón encontraréis, quizás repeticiones, acaso tartamudeos. Espero y creo que todos sabréis perdonármelo.

Aunque ya en su día, tuve ya el honor de felicitar a mi predecesor, a raíz de su intervención como pregonero del pasado año, quiero efectuarlo nueva y públicamente, por su pregón a la vez, sencillo y profundo, lleno de

entusiasmo y de vivencias, vivencias, de quien estando inmerso en la vorágine del movimiento cofradiero, sintiendo y latiendo al unísono con sus hermanos cofrades, con sus queridos costaleros, sigue paso a paso, minuto a minuto, cofradía tras cofradía, la conmemoración de la Semana Santa guadalcanalense. ¡Enhorabuena otra vez querido Paco!

Es mi deseo, a la vez que mi obligación, agradecer al Sr. Cura Párroco, así como a la Junta de Hermandades, la aprobación unánime de mi designación para ser humilde, pero entusiasta pregonero de nuestra hermosa Semana Santa, envidia –supongo que también santa- de propios y extraños. Permitidme que os diga, que esta designación, tiene para mí dos significados a cual más hermoso; el primero, que con ella me habéis dado carta de naturaleza guadalcanalense, naturaleza que es un orgullo poseer y de la cual, yo de alguna manera, me había apropiado, pues no en vano, Guadalcanal, me ha dado dos de las cosas más entrañables en la vida de un hombre: mi esposa y mis hijos, y, de cuyo regalo señores, me siento felizmente orgulloso. Y el segundo, es que, con esta nominación, me demostráis una vez más, vuestros sentimientos de comprensión, respeto y cariño, sentimiento que, en justa reciprocidad, yo poseo respecto de vosotros y para vosotros, pues siempre que Guadalcanal me ha llamado, igualmente siempre, en mi modestia, he estado dispuesta a servirla.

Y después de este prefacio, que he creído necesario y obligado, vamos a entrar, ustedes y yo, en el intento de cumplir la difícil tarea que a ambos nos han encomendado; a ustedes, la de soportarme con generosa paciencia, y a mí, la de pretender ser digno y eficiente pregonero de tan hermosa Semana Santa, porque si pregonar, significa dar a conocer, exteriorizar, vocear a los cuatro vientos, con objetividad y entusiasmo, unos sentimientos, unas vivencias, unas realidades tangibles, heme aquí ante vosotros, solo, incapaz, e impotente, sin calidades ni cualidades, pero con el corazón puesto en el empeño, dispuesto a contar y cantar las esencias religiosas, la manifestación de fe de un pueblo, conmemorando la muerte de su Redentor. Pero entiendo, que ser pregonero de la Semana de Pasión, describiendo la fe profunda y sencilla de un pueblo, sencillo también en sus manifestaciones y profundo en sus convicciones, basada esta fe solo en el dolor que le comporta, contemplando y viviendo la muerte de Cristo, sin hacer antes un recorrido, aunque sea somero, de sus 33 años de vida terrena, sería entonar un cántico más o menos lírico, más o menos prosaico o más o menos tétrico, al dramatismo del dolor y de la muerte, dejando minimizadas, marginadas, tal vez olvidadas, las sublimes enseñanzas que hemos de aprender y seguir, los maravillosos ejemplos que hemos de imitar, los portentosos milagros que hemos de agradecer, de ese dios que quiso hacerse hombre, sufrir y morir

por nosotros. Porque la muerte de Cristo, es el mayor ejemplo de amor que pueda darse, pues nadie ama más, que aquél que muere por el ser amado. Pero si Cristo hubiera venido repentinamente al mundo y sin más, hubiera dicho voy a morir por vosotros y no hubiera vencido a la muerte con su Resurrección, sino nos hubiera señalado el camino a seguir, para después de nuestra muerte, alcanzar también nuestra resurrección, seguro que, no hubiéramos entendido nada o lo hubiéramos tildado de loco. Pero Dios, todo lo hace bien; quiere como hombre, vivir durante 33 años las miserias humanas, nos adiestra en el comportamiento social y religioso, vive en la humildad, la sencillez, la austeridad, casi en el anonimato. Nos enseña a conducirnos, a servir, a sufrir y a amar. Con sus portentosos milagros, nos demuestra fehacientemente su poder divino. Por eso, antes de entrar a hacer un canto de la Semana de Pasión, creo no solo necesario, sino imprescindible, recorrer, aunque solo de paso al paso, Su vida, para después llegar al objeto de Su muerte, extrayendo de una y otra, todo el jugo que el cristiano debe ir absorbiendo con fruición, lentamente, para ese jugo, sea el alimento de su espíritu, su fuerza en las debilidades, sostén en las flaquezas, consuelo en el dolor y refugio en la hora de su muerte. Esta semana incruenta de Pasión, que en breve vamos a conmemorar, es el calco de aquella infamante y cruenta pasión vivida hace cerca de 2000 años, soportada y voluntariamente aceptado por Aquél, cuyo único delito, había sido descender desde lo infinito a lo finito, de los celestial a lo terreno, de los Divino a lo humano, y todo, por redimir al hombre que Él mismo había creado y quién le había traicionado.

Su primera culpa, su primer delito, fue nacer humilde, ignorado y sin hogar, en la más abyecta de las pobrezas humanas; donde nacen los irracionales, rechazado por unos, abandonado por todos, viviendo en un modesto pueblo llamado Nazaret, aldea que, por su insignificancia, no figura siquiera en los mapas de la época, aldea que como diría un autor: “era un nido colgado en la colina”.

Vive humilde, ocupado en tareas humilde, ayudando a sus padres en los trabajos que les procuraban el sustento. Todavía un niño -a los doce años- enseña en el templo, en medio de los doctores, en la interpretación de la ley de Dios transmitida por Moisés, y estos doctores, soberbios, engreídos, orgullosos, suficientes y altaneros, no aceptan, que un niño de esa edad, se atreva delante de ellos, a interpretar esa Ley e incluso a modificarla. Es esta, la primera ocasión en que manifiesta para que ha venido al mundo. Sus padres preocupados, le buscan durante tres días y al hallarle en el Templo, la Virgen María, su Madre, acongojada por esa búsqueda infructuosa, con ese amor de las madres que, aun regañando a sus hijos, derrochan dulzura, le

dice: “¿Dónde andabas Hijo? ¿No sabes que tu padre y yo te andamos buscando? Y Él, que ya está cumpliendo su misión divina les contesta: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que tengo que ocuparme en la cosa de mi Padre? Es ésta, la primera manifestación pública de su condición de Dios-Hombre.

Prosigue su misión redentora y realiza el primer milagro en las bodas de Caná de Galilea. Y este primer milagro, es el más significativo, y, no precisamente por el ser primero, sino por su trascendencia para el género humano. Se les acaba el vino en el festín, y su Madre, la Virgen María, le advierte que no tienen vino, y Él le contesta: “Mujer, todavía no ha llegado mi hora”. Entre Madre e Hijo, no se cruzan más palabras, pero entre los Dos, se establece un largo silencio y queda una comunicación muda entre ambos. ¡Qué mirada de súplica no le dirigiría la Virgen!, que Él, inmediatamente, contraviniendo quizás un poco los planes del Padre, accede misericordioso a realizar los de la Madre. Y ahí señores, está la maravilla, la grandeza del milagro y su enorme trascendencia. Con él, no enseña también por vez primera, la insustituible misión de la Virgen María, cual es, la de ser mediadora entre Dios y los hombres, entre su Hijo y sus hijos. Consoladora en nuestra pena, confortadora en nuestros dolores y abatimientos, omnipotente siempre suplicando a Dios. Ella pide a su Hijo para sus hijos. Él, concede a sus hijos a través de su Madre. ¡Qué maravillosa grandeza Dios mío!, tener siempre una Madre a quien acudir. Y a Ti acudimos seguros y conscientes de Tu poder de mediación, de Tu segura intercesión, de Tu omnipotencia suplicante.

¿O es que aun los más faltos de fe, no acudimos todos a Ella, en nuestras tribulaciones, en nuestras amarguras, en nuestras soledades, o cuando la carne y el espíritu se nos desgarran por el dolor? ¡Gracias Dios nuestro por habernos dejado una Madre, cuya maternidad le confiaste al pie de la Cruz, cuando en la terrible soledad del Gólgota, dirigiéndote a Ella y a Juan, les dijiste: ¡He aquí a tu Madre, he aquí a tu hijo!

Dios mío que simbiosis tan perfecta; la que es Madre Tuya, lo es también nuestra.

Madre, cuya sola pronunciación conturba y estremece. Madre, que significa entre muchas cosas, abnegación, sacrificio, renuncia de sí misma para darse al hijo, donación sin límites, alegría en la alegría de sus hijos, tristeza y dolor ocultos con la tristeza y dolor de ellos, sumisa, sufrida, alegría aparente en ocultar tristeza, callada, y, siempre heroína. ¿O no son así nuestras madres? Pues si ellas son así, que no será esa Virgen Madre.

Cuidemos mucho esta preciosa esmeralda, honrémosla, amémosla y cuando la vida nos fatigue, cuando las espinas se claven en nuestros pies indefensos en el recorrido del difícil camino de la vida, cuando las pesadas cargas nos agobien, acudamos a Ella con fe y esperanza, con confianza en su valimiento ante su Hijo, en la seguridad de que Ella, aliviará nuestra carga y suavizará nuestra fatiga.

Por eso Madre, con esa fe y esa esperanza que tú nos alcanzas, desde aquí, confiados en Ti, con la confianza natural que un hijo tiene en su Madre, te pedimos que intercedas ante tu Hijo por Guadalcanal, por sus enfermos, por sus emigrantes, por los más necesitados, por los que estando acompañados, se sienten solos, por los espiritualmente suficientes, por lo que no quieren conocerte, por esas madres que como Tú, están sufriendo el horrible calvario de perder a sus hijos. No tengas en cuenta Madre, nuestras ingratitudes, nuestros abandonos, nuestros egoísmos, nuestras negaciones, nuestras cambiantes posturas, nuestra avaricia, nuestra lujuria y acordándote solo de que eres Madre, te decimos: ¡Madre! ruega a Tu Hijo por tus hijos de Guadalcanal.

Prosigue la vida itinerante de Jesús. Se traslada de Samaria a Galilea y de aquí a la Judea, revelándonos su misión. Devuelve la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la salud a los enfermos, la vida a los muertos y promulga el sermón de la montaña, la carta magna de los cristianos, la más bella pieza lírica jamás recitada, la más armoniosa melodía jamás oída. Pero esta bella obertura, disuena en los oídos de los humanos, porque como diría Riocciotti: “hasta entonces la saciedad, se producía por la situación; el placer, es el efecto de la satisfacción; y el honor, consecuencia de la estima”. Y sigue diciendo el autor: “por el contrario desde los primeros compases de esta obertura, el sermón anuncia, que la bienaventuranza consiste para el hombre, en la infelicidad, la saciedad, en el hambre; el honor en la desestima. Y nosotros oyentes de la melodía, quedamos atónitos ante tales enunciados. Lo que hasta allí todos llamaban blanco, desde entonces, no es gris, ni siquiera oscuro, es radicalmente negro. Ininteligible a veces, pero cierto siempre. Este es el mensaje de Jesús, que vino a enseñarnos con su ejemplo”.

Y siguiendo mentalmente el itinerario del Señor, dando saltos en el tiempo y en el espacio, -porque espacio y tiempo somos- con las exigencias de reloj, del cual somos esclavos, vamos a intentar, con la ayuda de Dios, pregonar la conmemoración en nuestro pueblo, de esa larga semana de agonía vivida por Jesús, que va desde el Domingo de Ramos, hasta el de Resurrección.

Pero antes, por considerarlo un deber de estricta justicia, y una exigencia de caridad cristiana, me vais a permitir que dedique un espacio de

este pregón, aunque corto y mal hilvanado, -o quizás largo y mal cosido- a las personas que, con su ilusión, su generosa entrega, con sus sacrificios y su fe, han hecho, hacen y harán posible estas conmemoraciones, sin duda alguna -y ello lo decimos sin orgullo ni jactancia- las mejoras de la comarca.

Y hemos de empezar, por dedicar un emocionado recuerdo, a los que nos han precedido en la vida y en la muerte, a esos queridos difuntos, que cuando les tocó recorrer el camino de peregrinaje que ahora nosotros estamos recorriendo, vinculados fuertemente a sus hermandades de penitencia, con sus afanes y limitaciones, con sus generosidades e ilusiones, fueron sosteniendo, mejorando, renovando y transmitiendo a sus sucesores, las esencias de estas hermandades, sus vivencias, inquietudes y trabajos, sus sacrificios, muchas veces económicos, siempre físicos, con la mirada puesta en los que habría de sucederles, para que al entregarles el testigo al término de su carrera, supieran asirlo con mano serena y vocación firme, y lo portasen en ella, con la misma fortaleza, ilusión y tenacidad, conque ellos, durante su turno, lo había efectuado.

Démosles las gracias por todo cuanto hicieron por sus hermandades y, estamos seguros, de que, al igual que ellos, fueron audaces valedores y entusiastas pregoneros de su fe cristiana, esa Virgen bajo las advocaciones de la Paz, de la Esperanza, de los Dolores, de la Amargura o de la Soledad, habrán sido también oficiantes valedoras ante Cristo en el cielo y ahora, desde sus alturas infinitas, estarán contemplándonos con gozo y alegría. Descansen en paz.

Lo formal, lo jerárquico, casi lo lógico, sería que ahora, dedicara un espacio de este pregón a los actuales rectores y mantenedores de las hermandades, pero me vais a permitir, que os deje para más tarde, que me salta la jerarquización y la norma y que dedique unas palabras a los que, para mí, son los primeros y más válidos instrumentos, de este edificio todavía inacabado -porque con ambición y vosotros la tenéis, es edificio en el cual nunca se coloca la bandera-. Me refiero señoras y señores, a los heroicos costaleros. Éstos, que casi en el anonimato, escondidos bajo los pasos, tapados por los faldones, ocultos y misteriosos, casi con miedo a ser vistos, pero rebosando generoso, con los hombros llenos de hematomas y las espaldas encorvadas por el peso del paso, cual, si después de tantos años, quisieran aliviar a su Cristo, del madero de la Cruz y del martirio, o a su Virgen, del dolor y del suplicio. A ellos me refiero. Y... a ellos les digo: ¡ánimo costaleros! Tú quieres y puedes, o no sabes lo que hizo Dios con aquel Pedro dormilón negador y cobarde... o con aquel Pablo perseguidor y pertinaz.

Remedando a Escrivá de Balaguer, yo también te digo: sé instrumento de oro o de acero, de platino o de hierro, grande o chico, delicado... o tosco,

pero sé instrumento eficiente y generoso. Porque como seguía diciendo este mismo autor: ¿quién se atreverá a decir que menos útil el serrucho del carpintero, que las pinzas o el bisturí del cirujano? Querido costalero. No vayas a caer en la tentación equívoca de sentirte solo serrucho, porque debes saber, que eres instrumento insustituible. Eres a la vez, serrucho, bisturí y pinza.

¡Amigos costaleros! Los ingenieros que concibieron y dieron vida a las imágenes que en la Semana Santa portáis y veneramos, eran sin duda artistas delicados, a quienes quizás, y lo pongo en término dubitativo, en algunos casos les faltase el amor, pero vosotros son a la vez arte y amor; porque arte y amor son, transportar a vuestros Cristos y a vuestras Vírgenes, con esa suavidad, con esa armonía, con ese ritmo, con esa cadencia con que vosotros lo efectuáis y sólo los artistas que aman los saben hacer. Y amor y arte son, que la voz de al cielo de vuestros capataces, las elevéis con todas vuestras fuerzas físicas, esperando impávidos, estoicos, su caída sobre vuestros ya cansados hombros. Y amor y arte son, soportar con alegría y en silencio, la cuatro y hasta cinco horas de inacabable recorrido, en ocasiones, bajo un sol abrasador. Y amor y arte son, esos largos periodos de ensayos a que os sometéis, para cumplir responsablemente con la misión que vosotros mismos os habéis asignado. ¿O no es todo esto, amor y arte y arte y amor? ¡Queridos costaleros! Por vuestro arte, amor, generosidad, esfuerzo y entusiasmo y, también por ese saber ser y estar, por vuestro querer, poder y saber, aceptad en mi propio nombre, en el del Sr. cura Párroco, en el de las Hermandades, y, creo poder decirlo, en nombre de todo el pueblo, el agradecimiento que todos os debemos.

Y ahora, entiendo que es necesario, justo y obligado, dedicar una parte de este pregón, a una persona con cualidades y virtudes, y, yo diría, que como humano que es, -y esto él sabe que lo digo con el mayor de los respetos y el mejor de los afectos- con evidentes defectos también. Me refiero como habrán adivinado, a nuestro Párroco. Pero esas incuestionables virtudes que posee, no siempre las ponderamos, calificamos y valoramos en su exacta medida y, quizás, por el contrario, resaltamos con prontitud, frecuencia y acaso exageración, sus debilidades.

Yo personalmente y como un componente más de la comunidad parroquial, valoro en su dimensión, sus muchas y notorias virtudes. Una prueba fehaciente de las virtudes a que aludo, es que, cuando llegó a esta Parroquia a cumplir su misión sacerdotal, las hermandades de penitencia, estaban, creo yo, y por las causas que fueren, pasando una época de cansancio, apatía y acaso de decadencia. Su ocupación, preocupación, afanes de trabajo y superación, han hecho que estas hermandades, no solo

hayan recobrado su vitalidad, sino que han crecido en espiritualidad y aumentado su ilusión de mejora, y hemos de reconocer y yo así lo reconozco, que, en ello, ha sido él, pilar fundamental, sostén indispensable en este grandioso edificio. Observarle y verle en los días cruciales de Jueves y Viernes Santo, celebrando los cultos, atendiendo a los múltiples y naturales problemas de organización, amenizando todas las procesiones con su querida banda de música, agotado por el esfuerzo y rendido por el sueño, son causas de admiración y exigencia de público reconocimiento. Yo señores, que en muchas ocasiones he sido y soy acaso el más duro de sus críticos, quiere testimoniarme públicamente, aquí y ahora, mi satisfacción, y por ello, solicito para él, un aplauso prolongado y cariñoso, que, por su calor, encierre el agradecimiento sincero, a la vez que sirva para impulsar su natural estímulo.

Y a vosotros queridos amos, componentes en periodos rotatorios de las Junta de Gobierno de nuestras hermandades. A vosotros que, sin medios económicos, equilibrando economías como en la más humilde casa, quitando aquí y poniendo allí, haciendo ecuaciones algebraicas con números azules para cubrir vuestros presupuestos, aunque la solución a estas ecuaciones paradójica y caprichosamente, es la de siempre, en números de distinto color, os digo con todo mi corazón ¡adelante! Que no ignoramos, que vuestra Semana Santa no es de siete, sino de 365 días, que empezáis la siguiente al acabar la presente, que la labor es ardua, sacrificada y continuada. Pero, si no estuvieran esos obstáculos, esas dificultades, sino encontrarais en vuestro camino esas profundas simas que siempre halláis ¿dónde estaría el mérito? Porque como os decía al hablar de vuestros antecesores -y vosotros lo sabéis mejor que yo- habéis cogido de ellos el testigo para proseguir la carrera por relevos, y, en esa carrera, a veces agotadora, siempre dura, no os podéis dejar vencer por el desaliento y la fatiga, porque si eso sucediera ¿qué os dirían, cómo os contemplaría desde el cielo esos seres vuestros queridos que os han precedido en el empeño?

Pero me vais a permitir, que pensando en alta voz, os diga, que vuestra labor, no se puede quedar ahí, que hay que avanzar, mejorar, renovar. En algunas ocasiones se ha dicho de mí que he sido, o que soy anticofradiero y tengo que decir aquí y ahora, que en materia de religión, nunca he sido anti, siempre, absolutamente siempre, he sido pro y de ello creo que tengo dadas pruebas suficientes. Lo que si me ha gustado siempre en materia tan delicada, ha sido distinguir entre medios y fines. Y para mí y creo que también para vosotros, las conmemoraciones de Semana Santa, son medios y medios maravillosos, extraordinarias manifestaciones de fe, fragancias olorosas que suben hasta el sitial de la Virgen y hasta el Trono del Señor, pero que por sí solas no constituyen un fin. Sin pretender marcar pautas, sin intentar señalar

caminos a nadie, si quisiera decir y me vais a permitir que os lo diga, que las hermandades de Guadalcanal, han sufrido transformaciones sustanciales, renovaciones profundas, pero que dado vuestro espíritu y vuestras calidades religiosas y humanas, pueden y deben llegar a más. Vosotros, queréis, podéis y sabéis, y por ello necesariamente nuestras hermandades, han de ser el medio que no conduzcan a todos al fin. Han de ser el medio, para que esa hermandad que se vive en los días de Semana Santa, tenga continuidad durante el año, buscando afanosamente fórmulas que nos hermanen, que ayuden a comprendernos y soportarnos, que cumplan una función socio-religiosa, que a pesar de nuestros múltiples, diversos y diarios problemas, sean estos, de la índole que sean.

¡Qué hermosa labor a nivel de comunidad parroquial podría realizar por las hermandades! Vamos a intentarlo, amigos, porque en la vida y en religión más, hay que mojarse. Pedro se mojó y temió ahogarse, cuando iba al encuentro de Jesús, por el lago de Tiberiades. Los que no se mojaron, fueron los que se quedaron en la barca, pero quizás pecaron contra el amor. Y volvió a mojarse, cuando siguió a Jesús hasta el atrio del sumo Sacerdote, y por eso vino aquello de la negación tan comentada. Felipe, Tomás y Santiago, no tuvieron ocasión de mojarse; estaban muy seguros en su seguridad. Hemos de mojarnos amigos; hemos de ser sal y luz eclesial, constituirnos en levadura, que como Cristo quiere, fermenta la comunidad parroquial, si ésta está adormecida o aletargada. Éste es nuestro reto, ésta es nuestra exigencia de cristianos.

La pasión de Cristo se dibuja ya en el horizonte. Jesús, se acerca a “su hora”. Ha enseñado en Transjordania y acude a Betania a resucitar a su amigo Lázaro, cuyo milagro enloquece a la muchedumbre, a esa misma muchedumbre, que luego, iba a pedir su crucifixión. Es condición humana, elevar hasta alturas inalcanzables, o desplazar o desplazar hasta abismos insondable. Continúa su misión en Efraín y Jericó. Se acerca la Pascua y ha de ir a Jerusalén a celebrarla de acuerdo con lo dispuesto en la ley judaica. Regresa a Betania, próxima a Jerusalén, para desde allí y dada su proximidad, descender a esta ciudad.

Corría la mañana del domingo y la multitud que acudía a la celebración de la Pascua, enterada de la resurrección de Lázaro, vibrante de entusiasmo, no quiere abstenerse de efectuar alguna manifestación en honor del Rabí de Galilea. Para la plebe, aquella entrada triunfal en Jerusalén, era la primera chispa de un inmenso incendio futuro, para Jesús, la sola y única pompa oficial de Su realeza mesiánica, realeza que había de terminar allí, para entrar inmediatamente después, en lo que los hombres llamamos sombra. Jesús terminaba, donde los hombres querían comenzar ¡Qué Hombre más

paradójico! cuyas manifestaciones y actuaciones, no se corresponden con manifestaciones y actuaciones de los demás hombres.

El milagro de la resurrección de Lázaro, ha dado alas a la fogosidad de los orientales y parece una multitud posesa, enronquecidas sus gargantas por los gritos de alabanza al Señor. Él, enemigo de toda pompa, por esta vez rompe su norma. Había un caserío llamado Bethfagé –seguramente arrabal de Jerusalén- en cuya puerta, había atado un pollino y ordena a dos de sus discípulos que se lo traigan, para, sobre él, hacer su entrada en la ciudad. Pero, como las decisiones del Mesías todas tienen sus causas, ésta, la tomó sin duda, para cumplir así la profecía del profeta Zacarías, y como por otra parte, el asno era en Palestina la cabalgadura de las personas nobles, ya desde los tiempos de Balaam, Jesús mostró querer secundar los festivos deseos de la comitiva y así, hizo su entrada triunfal en la ciudad, que iba a ser el lugar de ignominia y de su muerte, conociendo como conocía, para qué y por qué iba allí. Así, voluntaria, mansamente, va recorriendo su itinerario hacia su crucifixión.

Y esta entrada en Jerusalén, que para los judíos era festejo, sana alegría y pompa, se conmemora en Guadalcanal, por una hermandad de muy reciente creación. Una hermandad, joven en su existencia, jóvenes sus componentes. ¡No podía ser de otra manera! porque la vitalidad, la sana alegría, yo me atrevería a decir, que nace y se desarrolla en la juventud y quizás se aja, agoniza o muere cuando la juventud pasa.

Esta hermandad denominada de Nuestro Señor Jesucristo en su entrada triunfal en Jerusalén, y conocida popularmente por la hermandad de la “Borriquita”, fue fundada en 1979 por nuestro párroco D. Antonio Martín Méndez, que supo agrupar tras de sí, a numerosos jóvenes, que han querido conmemorar este pasaje de la Semana de Pasión, los cuales han tomado sobre sus hombros la pesada y responsable carga, de mantener llena de vida la misma. Hoy cuenta con 350 hermanos, con aproximadamente igual número de nazarenos, que se adornan en su recorrido procesional, con túnica blanca y capillo celeste. En la actualidad, consta de una imagen de un Cristo a los lados de una borriquita y un pollino. El paso es de madera con respiradores de alpaca plateada, y, es digno de resaltar, que, a pesar de su corta vida, ya posee su propia banda de cornetas y tambores.

Queridos componentes de esta Hermandad. Es confortador a la vez que hermoso y alentador, ver vuestra ilusión, vuestro entusiasmo, vuestra catolicidad y vuestra fe, capaz de mover montañas, cuando por esas calles de López de Ayala o Santa Ana, portáis con juvenil e ilusionado orgullo, vuestras creencias. Que Dios os premie vuestra generosidad pletórica de savia joven. Pero después de entusiasmarme y entusiasmarlos a todos con

ello, yo personalmente, como pregonero de este año de gracia de 1983, me creo en la obligación de pedirlos, rogaros en el nombre del Señor, que vuestro esfuerzo no se quede ahí, que vuestro joven impulso no sea solo flor de un domingo, aunque éste sea de Ramos, que ese Cristo, que paseáis orgullos por nuestras calles, es el Cristo, que durante la semana siguiente a esta entrada en Jerusalén que conmemoramos, sufre las mayores vejaciones que puedan soportarse, muere en la Cruz por redimirnos y vence a la muerte con su resurrección, para que podamos resucitar con Él. Y este mismo Cristo, es el que, suave, pero imperiosamente, nos dice en el evangelio, que nuestro seguimiento no sirve son en un día determinado, que ha de ser continuo, perseverante e ininterrumpido, aunque el camino, lo encontremos sembrado de abrojos. Que hemos de tomar su Cruz y seguirle.

Justo es, que llegado aquí, dediquemos un pequeño espacio –porque pequeños son sus componentes- a glosar el maravilloso ejemplo de generosidad infantil, que a todos nos dan, estos componentes de la banda de cornetas y tambores. Niños comprendidos entre las edades de 6 y 10 años, que su naturaleza infantil les pide y exige distraer sus tiempos libres en juegos y travesuras, con una responsabilidad impropia de sus edades, van contra su propia naturaleza y estos tiempos libres, los vienen dedicando diariamente desde el pasado mes de mayo, a sus ensayos, para con su actuación, dar brillo a nuestra Semana Mayor. Estos son nuestros mimbres, por eso, tienen necesariamente que ser buenas, las cestas que con ellos se fabriquen.

Y la parábola de los talentos nos dice, que nos hace depositarios de carismas, cualidades y condiciones para ese seguimiento, pero nos grita que su existencia, ha de estar en consonancia con los talentos que nos ha confiado, no para guardarlos escondidos como tesoro propio, si no para hacerlos llegar a los demás. Y, a vosotros queridos jóvenes, este Cristo a quien amáis, os ha dado entre otros talentos, el inestable de la juventud, del que no podéis olvidar la inmensidad de su valía, pero tampoco, que es perecedero, que pasa y se va quedando en el camino. Por ello, con esa juventud, os da la vitalidad, para en contrapartida, exigiros la entrega generosa, el esfuerzo valiente. No lo desaprovechéis, porque es talento que no vuelve. Meditad, por tanto, en que vuestra fuerza joven, no puede ni debe quedarse ahí, quieta, inmóvil, casa paralítica; que tenéis que hallar fórmulas, que transmitan a la comunidad parroquial esa vitalidad que poseéis y, esa transmisión de alegría, de arrolladora fuerza, debéis ejercitarla mañana, hoy, el Domingo de Ramos y siempre. Ánimos jóvenes: vosotros sois fortaleza e impulso generoso. No defraudéis a ese Cristo, que desde siempre, os está esperando sentado en la “Borriquita”.

La pasión de El Salvador, se dibuja ya en el horizonte. La muerte presentida, no viene en Cristo a amargar su vida como sucede con los humanos, sino a darle sentido e iluminarla. Todo este capítulo de la misma, queda entre dos explosiones de gozo: El Tabor, el primero, con toda la gloria de dios flotando sobre su cabeza; en la entrada de Jerusalén, con el gozo casi candoroso de la multitud. Era como un recordar anticipado del final feliz que esta historia tendría. Pues como dijo un autor: “Él, en rigor, no había venido para morir, sino para resucitar; no para sangrar, sino para salvar.

Como antes decía, el desenlace de esta historia, iba a ser feliz para Cristo por y con su resurrección, pero las etapas que la van conformando, han de ser por lo dolorosas, inacabables, máxime, cuando conocía lo que a cada paso, en cada minuto de esta historia, había de acontecerle. Y en esta angustiada espera, llega ya el Miércoles Santo, día en que iba a ser víctima de la traición primera, que no quizás de las más importante, porque también le traicionó el impulsivo Pedro, en sus horas más amargas, y le seguimos traicionando todos los días los que nos llamamos cristianos. Judas pacta y concierta con los sumos sacerdotes y fariseos, la entrega de su Maestro, y, Cristo que lo sabe, calla, aguarda y ora al Padre.

Es la noche del Jueves Santo y Jesús se encuentra con sus discípulos celebrando la cena pascual, en la que, según los historiadores, se incluían las cuatro copas rituales del vino, el pan ácimo, las hierbas silvestres y el cordero asado. Jesús, actuó en aquella cena como padre de familia y por ello, bendijo la mesa. Estaban ya en ella, cuando entre los apóstoles, surgió una discusión sobre quién debía ocupar el lugar de honor en la mesa. El Maestro, cortó esta humillante escena, no solo con palabras, sino que esta vez, quiso añadir una réplica con los hechos: se levantó del diván que ocupaba, quitose las vestiduras, ciñose un lienzo al cinto y cogiendo una jofaina con agua, comenzó a lavar los pies a sus discípulos y, una vez terminado este acto, se vistió nuevamente y prosiguió la cena. Que enseñanza tan sublime y tan humilde. Con qué amorosa delicadeza les dice a sus apóstoles y nos dice a nosotros, que la vida respecto de los planes de Dios, es cuestión de actitudes, no de preeminencias u ocupación de puestos o lugares más o menos figurones.

Está terminada la cena. Jesús, sabe que tiene sus horas de vida terrena contadas y anonada a los apóstoles con un sublime acto de amor. Tiene que irse al Padre y tiene y quiere quedarse con sus hermanos y para ello instituye la Eucaristía. Por este Sacramento se queda real y verdaderamente con nosotros, en Cuerpo, Alma y Divinidad. No nos quiere dejar solos. No nos desampara. Ya, no le queda más que morir por nosotros.

Ha terminado la cena pascual y se queda coloquiando con sus discípulos, seguramente, en la comunicación más íntima y trascendente que con ellos haya podido tener: Les está transmitiendo su testamento oral. De la narración de estos coloquios por el apóstol Juan, se deduce, que los mismos, constituyen una impetuosa erupción de sentimientos, que brotan como surgiendo de un volcán de amor. Con estos coloquios, con esta íntima y profunda comunicación, con este testamento verbal, Cristo, consigna el distintivo de reconocimiento hacia sus discípulos.

Terminadas estas íntimas conversaciones con sus apóstoles, salió del cenáculo encaminándose al huerto de Gethsemaní. El camino constituía un cómodo paseo en la clara noche de luna llena bajo el penetrante aire primaveral. Mandó acomodar a éstos, y apartándose un poco, llevó consigo a los tres testigos de la transfiguración: Pedro, Juan y Santiago, y se puso a orar. De pronto empezó a turbarse y angustiarse, y, haciendo un supremo esfuerzo, con el rostro lívido, las rodillas vacilantes, extendidos los brazos como si demandara sostén, se apartó de ellos y al fin agotado, cayó sobre su rostro orando. ¡Qué diferencia, entre el estado de ánimo del domingo anterior y el de esta noche! Jamás en todo el resto de su vida terrena, aparece Jesús tan verdaderamente hombre.

Sería ya de madrugada, cuando despierto y en vela, presiente más que siente, un tropel de gente que se acerca. Es besado mediante este aparente gesto de amor, traicionado, vendido y hecho prisionero. Escoltado por la centuria, recorre a la inversa y a pie, el mismo camino que pocas horas antes había efectuado.

Como muñeco de trapo, negándole los más elementales derechos de hombre, es tratado el Redentor. Comienza su juicio religioso, solo ante el odio, sin abogados que le defiendan en casa de Anás; de allí a Caifás; de éste, a Herodes y de Herodes, nuevamente a Caifás ¡Dios mío, cuantos jueces para un delito de amor! Insaciables, vengativos, llenos de odio, lo trasladan a casa de Pilatos, donde comienza su juicio civil. ¿Más jueces Señor? Y allí aguantando las befas, mofas y escarnios, sentado seguramente en alguna escalinata del Pretorio, humilde, paciente y sumiso, nos lo representa esa nuestra hermandad del Costalero, bajo la advocación de Cristo de la Humildad y Paciencia, que hace su estación de penitencia el Miércoles Santo a las nueve de la noche, escoltado por el cuerpo de nazarenos, vestidos con túnica blanca, con botonadura, cinto y capillo verde.

Esta hermandad de penitencia de muy reciente creación, nos trae a la memoria, nos recuerda cada año, un pasaje más de la pasión del Señor. Él es Dios. No ha cometido otro delito, que amar y hacer el bien y quizás por ello

y a pesar de ello, se le insulta, humilla y escarnece. Él, sigue callado, estoico ante los improperios.

Este Cristo queridos amigos de la Hermandad del costalero, que muchos siglos después de su pasión, subís sobre vuestros cansados hombros por la rampa de General Mola, o descendéis con Él por la bajada de López de Ayala, es el Cristo de la Humildad; imagen que comporta humildad, que enseña humildad, que exige humildad, pues tanto es así, que siendo Rey, su único trono en la tierra, fue una borriquita. Que nos grita contra la soberbia, cuando a través del profeta Isaías nos dice: “Eres gota de agua o rocío que cae en la tierra, y apenas se echa de ver”, y a lo que yo añadiría que cuando empieza a verse, se evapora. Humildad que nos transmite también vuestra Virgen de la Paz, en himno gozoso que entona en casa de Zacarías cuando dice: “Porque vio mi humildad, he aquí, que por esto, me llamarán bienaventurada todas las generaciones”. Es también el miso Cristo, que no ignora nuestras debilidades y nuestras limitaciones y por ello, espera paciente, a que valientemente, rompamos tantas ligaduras como nos atan, tantos egoísmos como nos aprisiona, tantas flaquezas que nos convierten en pusilánimes, débiles y cobardes, y que casi siempre, nos hacen actuar con más efectivismo que efectividad.

Y siempre tras ese Cristo, dándole escolta, acompañándole en su dolor, queriendo compartirlo con Él, esa Virgen de la Paz que sigue paso a paso su calvario, su agonía y su muerte. Pero qué curioso, esa Madre, que como vosotras madres que me escucháis, era de carne y hueso, con el mismo corazón, los mismos sentimientos, el mismo amor hace su hijo –y sólo vosotras sabéis, de las calidades de ese amor- está viviendo a la vez su pasión y la de su Hijo y lo hace sin una queja, sin una protesta, sin una sublevación. Sufre y calla. Sangra su corazón y su rostro refleja una paz serena como nuestra Imagen.

Hermanos de la Hermandad del Costalero. Tenéis muchas cosas que admirar y otras mucha de qué maravillarse, pero una de las que, particularmente a mí, más me ha llamado la atención, ha sido, con qué prontitud y profundidad, habéis asimilado lo que humildad y paciencia significan. Voy a explicarme. Vuestra cofradía por el tiempo que lleva constituida –vais a perdonar el símil- es un embrión, y sin embargo, en este corto periodo de tiempo que normalmente debe de ser de aprendizaje y formación, vosotros humildemente, casi sin ser notados, con humildad franciscana, vocación de santos y decisión de valientes, habéis constituido, conformado y dado vida a una asociación religiosa, cuyo único fin es testimoniar vuestra fe en la semana de pasión y que por supuesto, hasta el más miope o el más retrógrado, tiene que admirarse de vuestros afanes,

vuestras ambiciones y de vuestros logros. Por todo ello, yo, ahora y desde aquí, quiero hacer público mi homenaje de admiración y respeto, y testimoniaros mi profundo agradecimiento y simpatía, por tan loable obra.

Por orden de Platos, el Mesías es despojado de sus vestiduras y atado a un palo por la muñeca para que presente sus espaldas encorvadas. Comienzo su flagelación. Los golpes no eran asestados con vergas, sino con un instrumento especial llamado *flegelium*, que no era otra cosa que un robusto látigo con muchas colas de cuero, agravadas con varias bolitas de metal y armadas de agudas puntas. Con tal cruel instrumento de castigo, me lo imagino a los primeros golpes, con cuello, espaldas, costados, brazos y piernas amoratados, y, gradualmente, piel y músculos desgarrados, rompiéndose los vasos sanguíneos y el cuerpo chorreando sangre. Y este Cristo, maltratado, roto y maltrecho físicamente por la horrible flagelación, acompañado por la Virgen de la Esperanza, escoltados ambos por esos variopintos nazarenos con túnicas y capas morado-rojo, negro y verde, son las figuras de Pasión que desde hace decenas y decenas de años, procesionan por nuestras calles y plazas, levantando entre la multitud el fervor y la religiosidad popular, la Hermandad de la Santa Vera-Cruz, Hermandad de muy antigua fundación y que en algunos casos, algunas familias, llevan más de 90 años, sucediéndose en el relevo, generación tras generación, cumpliendo fiel y religiosamente, el testamento espiritual de sus mayores.

Han pasado quizás las diez de la mañana y el proceso, está próximo a su final. No hay pruebas, solo envidias, odios y miedo, mucho miedo en Pilatos. Jesús está solo en medio de la jauría de los lobos dispuestos a saciar su sed de sangre inocente. ¿Dónde están tus amigos? le pregunta irónico Pilatos. Y Él calla y sufre en su soledad.

De la encrucijada en confabulación de las casas de Anás, Caifás y Pilatos, sale la decisión condenatoria de amarrarte a la columna, para despiadadamente, golpearte hasta la crueldad. De esta otra, única por su belleza, balcón incomparable, que conforman las calles López de Ayala, Espíritu Santo y Santa Ana, aflora del corazón de tus hijos, la contemplación misericorde y agradecida al verte subir Cristo Amarrado a la Columna, lentamente, con gesto cansado, sin fuerzas físicas, extenuado por el dolor, la empinada rampa de la calle General Varela.

En aquélla, brotó a borbotones el odio, la venganza, la sed de sangre inocente; en ésta, mana Señor abundantemente del corazón de tus guadalcanalenses, hasta romperse, torrentes de amor al observar tu sumisión y no nos extrañemos de ver al Hijo de dios, sufrir y morir, es decir, expiar, satisfacer y merecer, y conocido todo esto, comprendemos muy bien

aquella frase de San Ireneo cuando exclama: “Dios se hizo hombre, para que el hombre llegase a ser Dios”.

Pero recomponemos en nuestra mente la imagen de aquel momento y observamos que Jesús, no está solo. Como siempre, próxima a Él, se halla su madre la Virgen de la Esperanza.

Hermanos de la Hermandad de “Los Verdes”, permitidme que os denomine con este nombre cariñoso, popular y familiar. ¿Os habéis dado cuenta bajo que advocación habéis puesto a nuestra Madre la Virgen?

¿Qué hubiera sido de esta Madre acongojada desde la madrugada del Jueves Santo, sino hubiera tenido la esperanza que le daba certeza, de que su Hijo, después de aquel calvario iba a resucitar venciendo a la muerte? ¿Cómo hubiera podido resistir tan horribles y continuadas pruebas, si en su alma, no hubiera anidado la virtud de la esperanza?

¿Cómo nosotros cristianos, podríamos perseverar aún a pesar de nuestras debilidades, nuestras flaquezas, nuestras caídas, si no tuviéramos la certeza de lo muy limitado de esta vida y la esperanza de lo ilimitado y trascendente de la otra?

Nunca el hombre podrá encontrar, ni por supuesto dar, bastante amor, verdad, libertad, belleza, bondad y alegría, como para sentirse plenamente feliz. Vivimos continua y tensamente, cara a un nuevo mañana, con la mirada puesta en algo último e infinito y, esto es maravilloso, porque nos demuestra que la esperanza existe. Es sorprendente, que lo último que nos espera, es el oscuro e insondable misterio de la muerte, y nos sobrecoge la inexorable certeza de su existencia. Todos, con ansiedad nos preguntamos ¿después de la muerte qué? Y es la virtud de la esperanza otra vez, la que nos da la paz y nos sostiene perseverantemente en la espera.

La sentencia del Hijo del hombre ha sido dictada. Pilatos, temeroso de perder su preponderancia y poder, le ha condenado a muerte. Jesús, cargado con el palo transversal de la Cruz, camina con sus piernas tambaleantes. Era ya medio día y desde la medianoche anterior, había pasado una inacabable serie de pruebas físicas y morales de inimaginable violencia, que había acabado con las reservas de sus fuerzas físicas. Vacila con el peso del madero que destroza sus hombros, y, cae por primera vez. Y al levantarse, como siempre, se encuentra con la mirada triste, penetrante, transida de dolor de la Virgen, y en la profundidad de su drama silencioso, ambos, sin ninguna queja, sin ningún reproche, se transmiten silenciosos mensajes de consuelo y amor.

Sudoroso, tembloroso e impotente, sigue Jesús con su Cruz y Su camino, y una mujer con la valentía y el arrojo de que son capaces las mujeres

cuando están motivadas por el amor, se abre paso valientemente entre la muchedumbre y con un lienzo blanco, enjuga el rostro sanguinolento del Señor, y Él, en prueba de agradecimiento, deja en el lienzo grabado su rostro.

Tema la soldadesca y la plebe que los acompaña, que Jesús, agotado físicamente, no pueda llegar al lugar de la crucifixión y obligan a un campesino llamado Simón de Cirene, que ajeno a todo cuanto acontecía, regresaba de sus faenas agrícolas, a que le ayude a llevar la Cruz. Y lo que son los insondables misterios de Cristo, años más tarde de la muerte del Señor, un hijo de Simón llamado Rufo, fue uno de los prohombres del cristianismo en Roma y la esposa de cirineo, fue llamada por San Pablo madre, en señal de veneración.

Aquel Viernes Santo cruento, aquella escena patética de ese Cristo que escupido, abofeteado, azotado y calumniado, va recorriendo sin fuerza ya, el camino que le han de conducir hasta el Gólgota, siempre acompañado de su Madre y de su discípulo amado, para dar fin en la tierra a la misión que el Padre le ha encomendado, se repite, y, rememora desde hace más de 400 años, la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora de la Amargura, con imágenes de Fernández Andes, Antonio Illanes y Castillo Lastrucci.

Son las cinco de la mañana de una serena madrugada de primavera, del cualquier día de los meses de marzo o abril. Nuestra Plaza de los Naranjos, llena de religiosa fe, espera en silencioso recogimiento, la salida de esta Hermandad, que inicia su estación de penitencia acompañada de alabarderos y nazarenos, éstos, con túnicas y capillo morado y cíngulo amarillo, los que acompañan a la Virgen de la Amargura y que, durante cuatro horas y media, recorren nuestras calles y plazas, en bellísimo desfile. ¡Cuánta religiosidad! ¡Cuánta hermosura! ¡Cuánto te ama Padre Jesús nuestro pueblo! Sobrecoge ver la fe de esos penitentes, que, en una fría madrugada, descalzos caminando sobre el pavimento helado por la escarcha, con el corazón lleno de agradecimiento porque Tú, Padre Jesús, directamente, o bien a través de la intercesión de la Virgen de la Amargura, en Tú misericordia, les has librado de sus amarguras o cruces. O, de esos otros, que con el alma henchida de esperanza, confían y te piden con fe intensa y corazón abierto, suavices, aminores o descargues el peso de sus cruces, a Ti que sabes tanto de ese peso, o suplican a Tu Madre la Virgen de la Amargura, que interceda ante Ti, para que les hagas pasar de la amargura que les entristece.

Cuando este año, en esa primaveral madrugada del Viernes Santo Te imploremos y Te supliquemos ¡Óyenos Señor! y a Ti Virgen de la Amargura, si es posible, olvídate de tu amargura y consuélanos en la nuestra. Mira, que somos frágil cristal y nos rompemos fácilmente.

¡Padre Jesús! En aquella Jerusalén fanática y deicida, tuviste que ascender cargado con la Cruz, el largo kilómetro, que, según los historiadores, separaba la Torre Antonia del Monte de la Calavera. Al peso intrínseco de la madera de que estaba compuesto el instrumento de Tú martirio, habrá que añadir, el peso abrumador de las debilidades del género humano. Fuiste allí para los judíos, el delincuente común, el reo maldito que hay que ajusticiar sin ningún sentimiento de compasión, sin ningún gesto de piedad. Cuando el Viernes Santo que se avecina, te veamos ascender nuevamente, cansado, casi exhausto, con el mismo gesto y la misma causa de entonces, la también empinada calle Granillo de nuestro pueblo, para llegar a ese bello y emocionante encuentro con Tu Madre la Virgen de la Amargura, en la confluencia de esta calle, con las de López de Ayala y Espíritu Santo y Santa Ana, nuestras actitudes, nuestros sentimientos, nuestras posturas, van a ser y Tú lo sabes, muy otras. El odio será sustituido por el amor, la sed de sangre inocente, por la necesidad de perdón; la burla, por la fe; el insulto, por la oración suplicante. Y Tú, que, en aquel inacabable recorrido, supiste agradecer la palabra de consuelo, el gesto amoroso o la sonrisa compasiva, sabrás también aceptar Señor, la manifestación multitudinaria de fe y amor, que Guadalcanal te tributa.

Hace ya muchos años, fijaros cuantos, que mi pelo era castaño-rizado y lo peinaba y hoy es bicolor y por exceso, casi no puedo peinarlo, tenían los hermanos de Padre Jesús, la hermosa costumbre, de en ese recorrido de Cristo con su Cruz, reencarnar el encuentro de la Verónica y el consiguiente bello gesto de ésta, al enjugarle el rostro con su lienzo. Para mí, en aquellos momentos de la huida cobarde de casi todos, ese pasaje de la pasión, es de un significado aleccionador y trascendente. Es la exteriorización de la lealtad a ultranza, la solidaridad sin egoísmos, el amor sin compensaciones, el darse, que está por encima, muy por encima de dar, donde en muchas ocasiones cuesta poco y se espera mucho. Por ello, aun sabiendo las dificultades que ello encierra, os pediría, que con ese afán de hacer mejor las cosas que poseéis, buscarais la fórmula, para hacer revivir aquel encuentro.

La comitiva ha llegado al lugar de la Calavera. En el más absoluto silencio, el Cuerpo del Señor desfigurado y deshecho, apenas conserva energía física alguna, y su mente, estaría absorta en el Padre Celestial, a quien estaba ofreciendo el sacrificio de Sí mismo. Es despojado de sus vestiduras, clavados los brazos y pies, e izada y posteriormente clavada también en el suelo, la Cruz de que pendía Su Cuerpo. Jesús, se extingue lentamente en una agonía de tres horas. Su Cuerpo, pierde constante e incesantemente sangre y fuerza vital a través de las múltiples heridas que le traspasan, y, la posición a que forzaba la Cruz, ningún músculo podía hallar

reposo. Los tormentos aumentaban y se acumulaban cada vez más atroces, sin punto ni momento alguno de descanso. En aquel tenebroso océano de angustias, sólo el alma permanecía serena y el Dios agonizante guardaba silencio.

Por fin el moribundo, en una voz estremecedora encomienda su Espíritu al Padre e inclina la cabeza. Había muerto. Se apaga la luminaria del cielo; la ciudad se suma en las tinieblas; se producen sacudidas telúricas; se hienden las rocas y las tumbas se abren. Es el Creador, el Conservador, el Dueño de hombres, de luces, de sombras, de rocas y de tumbas, el que por un amor ininteligible para nosotros acaba de morir.

Todo esto ocurrió realmente en el año 33 de nuestra era. 1950 años después y desde 1888, el pueblo cristiano de Guadalcanal, a través de la Hermandad del Santísimo Cristo de las Aguas; Santísimo Cristo de la Peña y Nuestra Señora de los Dolores, conocida por nosotros como la Cofradía de las Tres Horas o Hermandad de los Blancos, conmemora este pasaje de la Pasión, año tras año, no sin haber vencido infinidad de dificultades económicas que la han tenido al borde de la desaparición. Pero la fe de sus hermanos, su esfuerzo y su entusiasmo, han conseguido dotarle de la vitalidad necesaria, para, con dignidad, hacer estación de penitencia la mañana del Viernes Santo. Escoltan a sus imágenes, obras de D. José Blanco y D. Antonio Chalet, la centuria romana de brillante colorido y los nazarenos, con vestimenta compuesta de túnicas blancas y capillo del mismo color y cingulo de esparto; y los de la Virgen, con túnica blanca, antifaz rojo con una cruz de Santiago, y capa roja. Es esta Hermandad de los Blancos, la que nos trae cada año a la memoria, que aquel hombre terreno que conocimos, ya no se mueve, ya no habla, ya no enseña, ya no existe; pero nos debe hacer recapacitar también en nuestra propia muerte; en que el hombre es perecedero y que retorna a la tierra al cabo de su tiempo, como hoja del árbol que nace en primavera y muere en el otoño, y, que esa muerte, es un misterio, insoportable a veces, insondable siempre, al que ningún corazón humano se acostumbrará jamás. En la muerte, una realidad extraña al hombre a la que nuestro corazón, rodea de respeto y el silencio más absoluto se impone ante ella. Pero, ¿Qué se esconde tras ese misterio? He aquí, la motivación de nuestra fe y el porqué de nuestra esperanza. Para la Virgen María, la muerte de su Hijo, es la aceptación sin regateos de los planes del Padre. Pero esa aceptación, como ser humano que es, no le exime del dolor y ahí la contemplamos en esa imagen de la Virgen de los Dolores de la Hermandad de los blancos,

ese dolor del Gólgota a las calles de Guadalcanal, en ese bello encuentro contemplamos. Allí entonces y aquí ahora, observamos la más fiel

imagen de dolor, soportando calladamente las iniquidades cometidas con su Hijo, entonces física, hoy de desamor. Es el mismo dolor que entristece nuestro corazón y destierra de nosotros la alegría, cuando un ser querido nos deja y cuyo dolor, solo alivia nuestra esperanza.

He aquí el hombre clavado en la Cruz por los hombres. Son bonitas esas cruces clavadas en los pináculos de nuestras catedrales, en las torres de nuestras iglesias, en las cumbres de nuestros montes, en nuestras plazas, o en cualquiera de los caminos de nuestra España. Pero esas cruces, son solo símbolos, útiles por supuesto, delatores de sentimientos, pero solo símbolos. La auténtica Cruz, es esa en que vemos clavado al Cristo de las Aguas, cuando majestuoso en su divina grandeza, con las huellas de la infamante muerte reflejadas en su rostro, desfila por nuestras calles y cuyo sacrificio, hace acrecentar nuestro dolor y nuestra fe, rompiendo nuestra coraza y saltando al exterior para trepar arrolladores por ventanas y balcones. Es esa Cruz, la que tenemos que transplantar en nuestras entrañas y hacer que arraigue en ella con raíces profundas, para que nos sirva de ejemplo y sostén en nuestras diarias e inevitables cruces. Es esa Cruz, que esquivamos, que evitamos, que eludimos, la que, como cristianos, necesariamente hemos de saber aceptar, cuando su peso hunda nuestra humanidad y su dolor traspase todo nuestro ser.

Se ha consumado el sacrificio. El Calvario, se ha quedado en la más patética de las soledades y la penumbra envuelve sus alturas. Solo la Madre de Jesús, algunas piadosas mujeres y el discípulo amado, han vencido el miedo con el amor, y están allí al lado de Él, para recoger su cuerpo destrozado. José de Arimatea, ha obtenido de Pilatos el correspondiente permiso para conseguir que los venerados restos del Señor, fueran enterrados dignamente y no fueran arrojados a la fosa común de los ajusticiados.

Es ese encuentra en soledad de la Virgen –la cual no renuncia al doloroso goza de recoger en sus brazos al Hijo muerto- el que, desde hace siglo, viene perpetuando en su desfile procesional, todos los viernes de cada año, a las ocho de la tarde, en la procesión de la meditación, del recogimiento y del silencio: la Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad y el Santo Entierro, con las majestuosas imágenes del Cristo Yacente y la Virgen de la Soledad, escoltados por su centuria y protegidos, amparadas, acompañadas por sus nazarenos de túnicas y capillos negros y cingulo rojo.

Era el año 33 de nuestra era. Lugar, las afueras de Jerusalén, Personajes: José de Arimatea y Nicodemo, hombres piadosos que, con piadoso amor, van a dar sepultura al Autor de la vida, que aparentemente ha sido vencido por la muerte. Es el año del Señor de 1983, lejos ya en el tiempo

y en el espacio del hecho real. El lugar es diferente. Los personajes distintos. Es también el Viernes Santo, aproximadamente también la hora nona, y las tristes afueras de Jerusalén, son sustituidas por nuestra alegre y hermosa plaza de los Naranjos, donde ya una multitud de guadalcanalenses, aguarda con ferviente religiosidad, la salida del Cristo Yacente, acompañado de su Madre, En Jerusalén, el dolor y la soledad, la redención por el sacrificio. Allí Señor, casi todos te abandonaron. Aquí estás continuando Tu misión redentora, pero no está solo, ahí tendrás al ferviente pueblo de Guadalcanal, que no le ha hecho falta ver para creer y lo hallarás Señor, presto a implorar tu perdón por sus muchas debilidades, pero también, a demostrarte que te ama, que cree en Tu muerte y espera Tu resurrección. Quiere este pueblo Virgen de la Soledad, que no vuelvas a vivir sola el drama de la muerte de Tu Hijo, y, cuando el próximo Viernes Santo, le des otra vez sepultura, allí estará Guadalcanal, sin una negación, sin un abandono, sintiendo, latiendo y sufriendo contigo, y pidiéndote compartir su dolor, con Tú dolor.

Ahí estás Cristo yaciendo en Tu tumba, la que con ese mimo que nace del amor, Te han preparado tus hijos de la Hermandad de la Soledad, con el fin de trasladarte de aquella otra que estuviste sepultado como hombre en la lejana Jerusalén. Hemos observado y admirado Tu sufrir y Tú morir. Solo en una ocasión Te quejas al Padre de Su abandono. Por ese Señor, has de ser misericordioso cuando el hombre inquiere y pregunta por Tu existencia, en las ocasiones, que el dolor lo lacera, ve el sufrimiento de los inocentes o contempla la muerte en plena juventud, y encerrados en la oscuridad del absurdo como Job, se vuelven hacia su figura, para convertirse en nuevos Jobs. Job sufrió la lepra, la ceguera, la pérdida de sus hijos y de sus bienes y por añadidura, tuvo que soportar la prueba moral de su mujer, al volverse contra Ti y aferrada a su desesperación le dice: ¿todavía te agarras a su piedad? Maldice a Dios y muérete.

En Job, testigo de todos los hombres, voz en el dolor, grito en la angustia, luchando denodadamente por la claridad. Job, como todos los hombres, se ve un día acosado y derribado, su existencia devorada por la desgracia y su lucha es titánica por encontrar la verdad.

A su lado, llegan tres teólogos que le ofrecen recetas caseras de buenos sentimientos. Igual que nosotros Señor. Pero esto, ni le sirve no nos sirve. En el libro de Job, es la historia de un combate de un hombre, que lucha con un Dios que se oculta y en el que, por otra parte, necesita seguir creyendo. Job se ha convertido en hombre de alma desgarrada que no entiende, ni acepta, la pedagógica actuación de dios. Pero llegará la paz. Y es precisamente este libro de Job, el que nos tiene que ayudar a encontrar la respuesta cuando las tribulaciones nos acosen. La rebeldía, no ha sido en

vano. Dios al fin le contesta y le contesta preguntando: ¿Dónde estaba tú al fundar yo la tierra? ¿Quién determinó si lo sabes sus dimensiones? ¿Sobre qué descansan sus cimientos o quién asentó su piedra angular? ¿Acaso has enseñado tú a la mañana o el lugar a la aurora? ¿Has enseñado a los cielos su ley y determinado su influjo sobre la tierra?

Es por lo tanto a mi juicio el libro de Job respuesta para el hombre que busca e inquiera, el libro para las horas de dolor, cuando buscamos el rostro de dios, cuando lanzamos preguntas como dardos, cuando la angustia se ceba en el corazón y la fe se tambalea. Porque la fe señores, se nos tambalea a todos, muchas, muchas veces. Job, en ese juicio termina convencido y proclamando: solo de oídas Te conocía, pero ahora, Te han visto mis ojos.

Pero a nosotros cristiano, se nos ha dado otra respuesta más radical. Cristo en la Cruz, se quejó del abandono del Padre en medio del sufrimiento. Allí, se nos revela como impotente y sufriendo, compartiendo nuestra derrota y nuestro dolor; pero la otra cara de este sufrimiento, es la resurrección. El problema del porqué del mal si Dios existe, ha desaparecido. A un Dios crucificado y humillado por el mal, no se le piden cuentas acerca de la existencia de ese mal; es de por sí una respuesta.

Son ya las primeras horas del domingo. Las mujeres que había ayudado a sepultar a Jesús, van a visitar Su tumba y la encuentran vacía. ¡Cristo ha resucitado! La muerte ha sido vencida. Como diría San Pablo: ¿dónde está muerto tu aguijón, donde tu victoria?

Es esta nueva potencia de la resurrección la que irrumpe como impetuosa riada en la entera realidad mundana y nos da no sólo la certeza de que la historia humana, no se encamina hacia el fracaso y la muerte, sino también, como decía San Pedro, la seguridad de que los dolores y sufrimientos del mundo de hoy, son los dolores del parto de los nuevos cielos y la nueva tierra. Como dijo un autor: es incuestionable, que, hasta el día de Su retorno, el pecado seguirá causando estragos y la historia humana, continuará dando sus amargos frutos de deshumanización. Seguirá habiendo en el mundo desigualdades injustas, odio y violencia. Los poderosos, oprimirán a los débiles, y, con triste frecuencia, el error y la injusticia, saldrán triunfantes sobre la verdad y la justicia. Como decía un Obispo español: es verdad que la resurrección de Cristo, no anula el carácter dramático, casi trágico de la condición humana sobre la tierra. Pero el triunfo final, es del dueño de la vida, del Triunfador de la muerte.

Gracias Cristo por haber resucitado, porque sin esa resurrección no tendría sentido la vida cristiana. Si no hubieras resucitado, si no creyésemos en Tu resurrección, sino creemos en nuestra propia resurrección, bebamos y

comamos como decía San Pablo a los Corintios. La misión redentora de Cristo en la tierra ha terminado. El Dios en quien creemos ha muerto y resucitado. Sabemos el por qué, el cómo y el cuándo. Desde entonces, en la gran obra de la salvación, nos ha asignado a nosotros el principal papel, que no es precisamente dar vida a un personaje concebido por un autor, sino, vivir internamente la nuestra prestada por el Autor divino, porque de nuestra actuación, de nuestra fiel interpretación del papel asignado, dependerá, no el aplauso, que es pasajero y baladí, sino la gloria de la inmortalidad en la que creemos.

Estos son señoras y señores el Autor y la historia de la salvación del hombre; y conocidos ambos hechos, están ahí y nuestra fe los acepta. Y estos hechos singulares, únicos, irrepetibles, son los que tiene los que tienen que presentarnos continuamente la disyuntiva Shakesperiana “ser o no ser”. No ser cristiano, o serlo consecuentemente, viviendo, pensando, sintiendo y actuando como tal. Que no existe dicotomía entre vida y acción, que no oiremos repetir con distintas palabras, pero con las mismas razones, intenciones y convicciones, lo que un hindú dijo de los cristianos. “si éstos practicasen su cristianismo, yo me convertiría en el acto.

Pueblo de Guadalcanal, tú tienes raíz y esencia cristiana, profundicemos en esa raíz y esparzamos su esencial cual semilla.

Ese Cristo nacido y muerto en la soledad y en la pobreza, es el que desde mi incapacidad, pero también desde mi honestidad cristiana, he intentado presentaros, y, es el mismo Dios que todos conocemos y en quien , de nosotros lo espera todo.

Por ello, el itinerario del cristiano debe ser un duro, difícil pero constante trepar por la vertiente de la fe, alcanzar la cima de la caridad, para vivir y morir confiando en la virtud de la esperanza. Y en ese caminar, en muchas ocasiones, oiremos el ladrido de los perros, pero nunca nos paremos a contemplarlos para no convertirnos en estatuas de sal como la esposa de Lot, ni tampoco perdamos nuestro tiempo –que no es nuestro sino de Dios- en apedrearlos. Sigamos firmes y seguros nuestro camino, porque como dijo Cervantes, sus ladridos, son la señal inequívoca de que vamos cabalgando.

Cristo murió y resucitó por nosotros y por ello, Guadalcanal que siempre ha demostrado una religiosidad encomiable, no puede defraudarle y no le defraudará; no puede abandonarle y no lo abandonará; quiere servirle y le servirá; porque este pueblo a quien Él ama, ha pensado y piensa, ha sentido y siente, ha actuado y actúa con generosa entrega cristiana.

Pues este Dios en quien felizmente creemos, por la intercesión de la Santísima Virgen de Guadaluca nuestra Madre y Patrona, nos bendiga y ayude a todos en el recto caminar por los angostos senderos de la vida.

Señoras y Señores: porque no puedo penetrar en vuestras mentes, ni en vuestros corazones, ignoro, si este pregón os ha satisfecho o defraudado, aunque ello comporte, pero no importe, o importe, pero no comporte.

He pretendido ser sencillo, testimonial y escatológico, o dicho de otra manera para podamos entendernos mejor, he querido dar a conocer el gran testimonio tanto religioso como humano, que ofrecen las hermandades de nuestro pueblo, y, he intentado también, profundizar un poco en el trascendental destino final del hombre. No sé, si he conseguido ambas cosas, alguna de ellas o ninguna, pero de lo que podéis estar seguros, es de que os he dado todo cuanto puedo, cuanto tengo y cuanto soy. Ni puedo, ni tengo, ni soy más.

De cualquier manera y cualquiera que haya sido el resultado, por vuestra generosa paciencia... MUCHAS GRACIAS.